

ALDEA
LITERARĂ

Lucas

FRANCINE RUEL



**ALDEA
LITERARIA**

Lucas

FRANCINE RUEL

Coordinadora del Área de Literatura: Laura Giussani

Editora de la colección: Karina Echevarría

Traductora: Florencia Fernández Feijó

Corrector: Gabriel Valeiras

Jefe del Departamento de Arte y Diseño: Lucas Frontera Schällibaum

Coordinadora de Arte: Natalia Udrisard

Diagramación: Estudio 1283

Imagen de tapa: Thinkstock

Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Ruel, Francine

Lucas. - 2a ed. 1a reimp. - Boulogne : Cántaro, 2014.

96 p. ; 19x14 cm. - (Aldea literaria; 530)

Traducido por: Florencia Fernández Feijoo

ISBN 978-950-753-356-3

1. Narrativa. 2. Novela. I. Florencia Fernández Feijoo, trad. II. Título.

CDD 863

Título original: *Des graffiti à suivre...*

© Original edition title *Des graffiti à suivre...*

published by Les éditions de courte échelle, Montréal, Canada, 1991.

© 2003 Primera edición en español. Editorial Puerto de Palos S. A.

© 2013 Segunda edición en español. Editorial Puerto de Palos S. A.

Editorial Puerto de Palos S. A. forma parte del Grupo Macmillan

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Quede hecho el depósito que dispone de la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-356-3

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Lucas
FRANCINE RUEL

A Étienne y a Laurence.

*Y a Jérémie, Mélissa,
Annie, Cora, Catherine F.,
Catherine L. y Julie.*

Y al perro Tuxedo.



capítulo 1

Llaman a Lucas Berthiaume...

—Llaman a Lucas Berthiaume de la Dirección. Estoy tranquilamente instalado, escuchando los principios de la geometría en el espacio, cuando esta frase resuena en la clase y, debo agregar, directamente en mis oídos, ya que me está personalmente dirigida.

Estoy a años luz de sospechar todo lo que esta simple frasecita va a provocar en mi vida.

Toda la clase se vuelve hacia mí con un movimiento uniforme. En general, algo anda muy mal cuando llaman a un alumno de la Dirección. Creo ver cada una de las miradas transformarse en un gigantesco signo de interrogación. ¿Qué querrá el director de Lucas Berthiaume?

Y en mi cabeza gira alegremente el mismo tipo de preguntas sin respuestas, del estilo: “¿Qué habré hecho para que me llamen... de la Dirección un lunes, y sobre todo a las 15:22... cuando la clase está a punto de terminar?”

De todos modos, salgo del aula para responder al llamado. Les confieso que me vino bien. Odio la Matemática y una voz vino a salvarme: a menudo es el timbre, esta vez es una vocecita aguda que no deja de reclamarme.

—Llaman a Lucas Berthiaume...

¡Bueno! Está bien... ya voy. ¡Que no cunda el pánico! Solo denme un tiempo para bajar los cuatro pisos que me separan de la Dirección.

En este colegio, cuanto más chico sos y al comienzo del secundario estás, menos escalones tenés que subir y bajar.

¿Qué tendrán que reprocharme? Me parece que no hice nada en particular. Incluso, diría que últimamente estoy bastante tranquilo.

¡Ahí está! Esa es la respuesta. El problema es que estoy demasiado tranquilo. Los intriga... y quieren saber qué pasa. O si no...

—Llaman a Lucas Berthiaume de la Dirección.

¿No podrían moderar un poco el altoparlante? ¡Todo el mundo se va a enterar de que me mandan a Dirección!

Y me gustaría que la señora de voz aguda me llamara como se debe.

—Llaman a *Luca* Berthiaume...

Me llamo Lucas. Se escribe *Lu*, pero se pronuncia *Lou*. Y, normalmente, la *s* de *cas* también se pronuncia. *Lucas*. Ya sé, me saqué la lotería con este nombre, pero me terminé acostumbrando¹.

Les confieso que oí cosas peores. Flor de Sol, Luna Colina, María Octubre, Juan Felipe Antonio. Sin contar los apellidos dobles que se agregan a los nombres compuestos.

Dentro de algunos años, los historiadores van a preguntarse qué pasó a fin de siglo para que todo el mundo tenga nombres tan complicados.

Mi mejor amigo se llama, escuchen bien, ¡Pablo Emanuel Dubois Taillefer! ¡Qué idea! Nosotros lo acordamos y le pusimos Bobby. Ya sé, no tiene nada que ver con su verdadero nombre, pero nos simplifica tanto la vida.

Nuestros padres no se rompieron la cabeza eligiendo nuestros nombres.

¹ El nombre *Lucas* no es habitual en los países francófonos. En francés la *u* se pronuncia diferente que en castellano, algo así como "iu" y, en cambio, la *ou* se pronuncia como nuestra *u*. Por otra parte, en dicho idioma la *s* final raras veces se pronuncia. De ahí las aclaraciones de Lucas sobre la correcta pronunciación de su nombre. (N. de la T.)

Querían estar seguros de que no pasáramos inadvertidos. ¡En mi caso lo lograron!

Como estaba salvado por el lado del apellido, deben haber pensado que el nombre Lucas era un acierto.

Y no me salvé de la regla de los adolescentes con doble domicilio: mis padres se separaron cuando yo tenía cuatro años. Ahora tengo quince, casi dieciséis.

Pero, por el momento, soy un adolescente muy solicitado por la dirección de su colegio.

—Llaman a Lucas...

La voz sigue llamándome. Me detengo un instante frente a la ventana que da a la calle. Una ventana que no se abre, obviamente.

Verifiquen las del colegio de ustedes, estoy convencido de que pasa lo mismo.

Está cerrada con doble traba todo el año, incluso cuando afuera hace un calor de morirse. Según parece, es para reducir el consumo de energía. Pero yo sospecho que el colegio, además del calor, quiere mantener la atención de los alumnos durante las clases.

¡Es más difícil soñar y salir volando por una ventana herméticamente cerrada!

Así que miro por la ventana. Es un lindo día. El árbol por fin está lleno de hojas nuevas. Tengo una mala sensación y no sé por qué. Es como si un elemento importante faltara en el paisaje. Sin embargo, compruebo que todo parece estar en su lugar. Los autos que pasan, las madres con los cochecitos... ¡la rutina habitual a esta hora! Pero falta algo...

No tengo tiempo para seguir con mis reflexiones, un preceptor me apunta con su dedo:

—¡Berthiaume! ¿Qué hace vagando por los pasillos?

—Primero, no estoy vagando y segundo...

Una vez más, la voz me salva.